

Carta abierta a José Saramago

Manuel Díaz Martínez

(Publicado en el diario *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria,
22 de octubre de 1998)

QUERIDO Y ADMIRADO PEPE, ANTE TODO quiero que sepas que pocos premios, incluidos los que me han dado a mí, me han alegrado tanto como el Nobel que te acaban de otorgar. La Academia Sueca, que no siempre ha acertado, se ha honrado honrándote. Y tu premio me alegra, además, porque implica el primer homenaje que los académicos de Estocolmo han hecho a la lengua portuguesa, tan amada por mí —tú lo sabes—, que es la lengua en que mejor me expreso después del español.

Sé por la prensa que Fidel Castro te recibió cordialmente en Oporto, y en la televisión te vi presentándolo con entusiasmo a tus compatriotas en tu tierra. (Debe de ser muy grato, Pepe, vivir en el extranjero por propia decisión —es tu caso— y poder regresar a tu país y, si quieres, volver a salir de él, libertad que, por ejemplo, yo no tengo.) No sé qué quisiste decir cuando afirmaste que Castro «reúne todas las virtudes del pueblo cubano» (por lo pronto, hay casi tres millones de cubanos en el exilio —entre ellos muchos escritores y artistas— y otros millones más en la isla que no se identifican con tu amigo, y a ellos hay que sumar los incontables que han perecido en el mar huyendo de Cuba en balsas), pero lo importante es que tienes buen diálogo con el Comandante. Eso me alienta a pedirte algunos favores.

En primer lugar, te agradeceré que le pidas la excarcelación de todos los cubanos

presos por no opinar como él, entre los cuales están los cuatro miembros del Grupo de Trabajo de la oposición pacífica interna (Vladimiro Roca, Félix Bonne Carcassés, René Gómez Manzano y Martha Beatriz Roque), en prisión desde hace más de un año, acusados de «sedición» por emitir críticas al programa del quinto congreso del Partido Comunista, el único partido autorizado en el país; en segundo lugar, te agradeceré que le pidas el restablecimiento de la libertad de prensa y que deje de perseguir a los periodistas independientes, a los cuales obliga a exiliarse cuando no los encarcela; en tercer lugar, te agradeceré que le pidas que respete el derecho de los ciudadanos a asociarse libremente con fines pacíficos; y en cuarto lugar, te agradeceré que le pidas que permita a los cubanos hacer inversiones en Cuba como se lo permite a los extranjeros. Otros muchos favores tendría que pedirte en relación con lo que está ocurriendo en mi país —de lo cual creo que no estás bien informado—, pero éstos son básicos.

Me atrevo a solicitarte estos favores a sabiendas de que Castro no te escuchará. Te advierto que, si me complaces, lo más probable es que él deje de ser tu amigo. Él no acepta nada que ponga en riesgo su deseo de morir con el cetro del poder absoluto en la mano, cueste esto lo que cueste, y ya es mucho lo que está costando. Pero creo que vale la pena probar suerte. Como se dice, no hay gestión peor que la que no se hace.

La inmensa mayoría de los cubanos, amigo Pepe, queremos ser libres como tú, que te enfrentaste a un ministro de tu país, porque censuró una novela tuya, y no te visitó la policía; que siendo portugués resides en el extranjero y nadie te discrimina ni te desprecia ni te ofende diciéndote vendepatria o gusano; que siendo ateo vives bajo una monarquía católica y toda la prensa del reino te rinde honores; y que siendo comunista militante has sido escogido por unos académicos burgueses para darte el premio literario

más importante del mundo, el cual recibirás, sin duda muy a gusto, de manos de un rey que representa a una de las dinastías más rancias de Europa.

Hace ocho años, en Turín, ¿recuerdas?, me reprochaste que discutiera de política con un cónsul portugués que estaba en nuestra mesa. «Manuel, con los cónsules no se discute», me dijiste. Es un buen consejo. Te lo voy a pagar con otro: José, a los dictadores no se los elogia, llámense Salazar, Stalin, Pinochet o Fidel Castro.



Minkisi. (1995)